

“Puertas Adentro”: Migración, género y poder en el servicio doméstico

Alessandro Forina
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rao.101365>

Poblet, Gabriela (2024). *Criadas de la globalización: Servicio del hogar, género y migraciones contemporáneas*. Barcelona: Icaria editorial.

En *Criadas de la globalización: Servicio del hogar, género y migraciones contemporáneas*, publicado en 2024 dentro de la serie “Esclavitudes” de la prestigiosa editorial Icaria, la antropóloga de la Universitat Autònoma de Barcelona, Gabriela Poblet ofrece un análisis que trasciende la mera descripción de las condiciones de vida de las trabajadoras del hogar, para adentrarse en una crítica profunda de las lógicas de explotación que se sostienen tras las puertas de los hogares españoles. El punto de partida es revelador: en pleno siglo XXI, una mujer migrante, lejos de convertirse en la “profesional del cuidado” que imaginaba al salir de su país, se ve atrapada en una cadena de abusos y silencios cómplices, reminiscentes de formas serviles que supuestamente habíamos dejado atrás en la historia. A partir de testimonios y casos concretos, y con una sólida base etnográfica, Poblet describe un fenómeno anclado simultáneamente en un pasado profundamente desigual y en un presente neoliberal que globaliza aún más las asimetrías.

El libro comienza con la historia de Elisa, hondureña que llega con la esperanza de un mejor su condición y termina aislada en un remoto pueblo, obligada a desempeñar tareas que van más allá de sus funciones de cuidado, con el pretexto de que “eres la criada y haces de todo” (p. 10). Este ejemplo inicial sitúa al lector frente a la persistencia de relaciones serviles en el siglo XXI y evidencia cómo la condición de migrante, sumada a la precariedad, refuerza la desprotección de estas mujeres.

El trabajo de Poblet, teje una crítica cultural, política y social de amplio alcance, que hunde sus raíces en la larga historia del servicio doméstico en España, y analiza cómo los cambios legislativos –por ejemplo, la creación de un Régimen Especial de Empleados de Hogar– no han sido suficientes para dismantlar el carácter de “trabajadoras de segunda”; se evidencia la raigambre patriarcal que permea la relación entre la familia empleadora y la trabajadora –la “criada para todo” (p. 23)– y, de modo más sutil, se retrata la manera en que la migración internacional añade capas adicionales de racismo, discriminación de clase y estatus jurídico irregular.

A lo largo de su investigación, la autora traza un arco que va desde las niñas enviadas “a servir” durante la posguerra, hasta las mujeres latinoamericanas y africanas que hoy viven bajo el mismo techo de sus empleadoras, sin apenas autonomía ni descanso. En ese recorrido, el libro va desentrañando la herencia de la ideología franquista que definió a la criada como “una prolongación de la familia”, justificando así la ausencia de plenos derechos laborales, una idea que Poblet identifica como un velo que encubre relaciones de clara explotación (p. 26).

La autora combina con destreza el tono narrativo y el rigor metodológico de la etnografía, entrelazando historias de vida con reflexiones sobre la producción de la desigualdad. En ese sentido, la etnografía no aparece como un recurso anecdótico, sino como la columna vertebral de la reflexión antropológica que explica cómo se experimentan en primera persona la irregularidad migratoria, la falta de horarios y la carencia de apoyo institucional. Los testimonios de mujeres que, a pesar de haberse formado como enfermeras o maestras en sus países de origen, acaban durmiendo en un pequeño cuarto sin ventanas o en un altílo encima de la cocina, revelan con crudeza que el trabajo doméstico en régimen interno puede funcionar como una forma de servidumbre moderna.

Aunque en ocasiones el lector puede echar en falta un desarrollo más detallado de la literatura especializada (por ejemplo, mayor profundización en la teoría poscolonial o en la antropología de la migración), la riqueza etnográfica compensa esa brevedad teórica, pues cada afirmación de la autora aparece respaldada por historias de vida que iluminan la crudeza del día a día. Así, el papel de la Iglesia católica como intermediaria –ofreciendo bolsas de trabajo a migrantes, pero también controlando su acceso a derechos– se comprende mejor al leer el relato de quienes quedaron atrapadas en las redes de caridad y pasaron de un hogar a otro sin recibir un salario digno. Del mismo modo, la denuncia de la normalización de la violencia psicológica o de los castigos simbólicos a la trabajadora interna se vuelve contundente

cuando la autora incluye ejemplos de encierros, prohibiciones de contacto con el exterior o retención de la documentación.

No obstante, la originalidad de esta obra reside en cómo Poblet conecta el contexto nacional con los procesos más amplios de la globalización. Retoma la noción de las “cadenas globales de cuidados” de Arlie Russell Hochschild (2001) para describir cómo, ante el envejecimiento de la población y la incorporación masiva de las mujeres españolas de clase media y alta al mercado laboral, ha surgido una gran demanda de mano de obra femenina extranjera. La autora insiste en que no estamos ante un fenómeno casual, sino ante un entramado que combina políticas migratorias restrictivas, precariedad económica en los países de origen y la instrumentalización del deseo de mejorar sus vidas de las migrantes. Todo ello genera flujos de mujeres dispuestas a aceptar condiciones inestables y sueldos muy bajos, a cambio de “salvar” a sus familias en Honduras, Bolivia, Filipinas o Marruecos, entre otros lugares. Por un lado, las llamadas “élites globales” –o simplemente familias acomodadas– utilizan estos servicios para resolver la necesidad de cuidados. Por otro, el Estado, ausente de una política de cuidados integral, delega esta función en el mercado privado, alimentando la llamada “mercantilización del cuidado”.

En la obra, se plantea de forma muy clara la relación entre la regularización administrativa de las trabajadoras y su vulnerabilidad. Poblet introduce una idea que ella misma define como “régimen de frontera” (p. 16): “quienes carecen de papeles, o quienes deben renovar continuamente su permiso de residencia y trabajo, pueden verse sometidas a chantajes y abusos que no se denuncian por miedo a la deportación”. Este mecanismo se torna muy explícito en el régimen interno, al que la autora denomina la “cárcel de puertas abiertas” (p. 93). Las historias recogidas en esta sección son demoledoras: mujeres que hacen jornada de 24 horas, sin fines de semana libres, sin derecho a la propia habitación o a visitas personales, de modo que se diluyen las fronteras entre la vida laboral y la vida íntima. Que puedan circular teóricamente por la calle no niega el hecho de que, en la práctica, vivir en el mismo lugar donde se trabaja las ata a la voluntad de la “señora”, impidiendo cualquier viso de autonomía. Además, en ocasiones, el desconocimiento del idioma y la ausencia de redes de apoyo agravan la vulnerabilidad, cerrando un círculo de dependencia difícil de romper.

El relato se vuelve más complejo cuando Poblet se detiene en la relación entre “criadas y señoras”, un capítulo que desvela la vigencia de categorías como clase, raza y patriarcado. Desde el paternalismo (“eres como de la familia”) hasta el etnocentrismo racista cotidiano (“las latinas son más cariñosas” o “las filipinas son muy obedientes”), hay un sistema de estereotipos que normaliza las diferencias y legitima un trato jerárquico hacia la empleada, a menudo a cambio de salarios por debajo del mínimo o sin asegurar el pago de horas extraordinarias. La autora menciona con frecuencia la expresión “eres como mi hija”, que, a primera vista, suena cercana, pero esconde una forma de tutelaje que invisibiliza la profesionalidad de la trabajadora, la trata como menor de edad e invalida sus exigencias de un horario o unas vacaciones retribuidas. Poblet interpreta esta especie de simulación familiar como una estrategia de control que, en realidad, dificulta la visibilización de la relación laboral y la reivindicación de derechos.

Si tuviéramos que buscar un eje común a lo largo de todo el libro, sería el de la reflexión crítica sobre los cimientos mismos del patriarcado y su confluencia con el capitalismo globalizado. La autora no oculta su posicionamiento teórico ni su militancia. Entiende que las relaciones de poder no se modifican únicamente con una ley que reconozca los derechos de las trabajadoras domésticas, aunque ello sea un paso imprescindible, sino que hace falta un cambio cultural profundo que denuncie la jerarquía de género y la cosificación de la mano de obra femenina. La perspectiva de género se hace especialmente tangible cuando la autora plantea –de manera novedosa– el interrogante “¿Y los señores?”, en el quinto capítulo. Hasta ese momento, la mayor parte de los conflictos se presentan como una relación entre “criadas y señoras”. Sin embargo, Poblet se detiene a reflexionar sobre la ausencia masculina en la gestión laboral. Los varones, de acuerdo con los testimonios recogidos, apenas intervienen en la contratación ni en la negociación de las condiciones de trabajo; sin embargo, se benefician plenamente de que haya una persona que limpie, cocine o cuide a las personas mayores de la familia (p. 127). Esta “invisibilidad” refuerza el orden patriarcal: los hombres aparecen como ajenos al conflicto cuando se producen impagos o abusos, pero disfrutan de todas las ventajas materiales y simbólicas de contar con ayuda doméstica permanente. Poblet subraya que, “en casos de litigio, siempre es la señora quien da la cara y asume la defensa de la familia, mientras el señor simplemente se retira de la escena” (p. 130). Con ello, se retrata cómo la carga y la culpa recaen sobre la patrona, aun cuando el varón es también un beneficiario. Este doble borramiento –que exime a los hombres y perpetúa la dominación masculina– conecta con el análisis de autoras como Rosa Cobo (2017), quien define el “patriarcado neoliberal” como un sistema que mercantiliza el cuerpo y el tiempo de las mujeres sin exigir responsabilidades a los varones que se benefician de dicha explotación.

En esta misma línea, la obra de Poblet conecta también con la noción de “feminización de la supervivencia” acuñada por Saskia Sassen (2003). La investigadora advierte que el aumento de migrantes femeninas no es una simple estadística, sino la consecuencia de políticas globales de ajuste estructural que expulsan a las mujeres de sus países (falta de oportunidades laborales, violencia machista, pobreza extrema) y las obligan a migrar para sostener a su familia a través de remesas. Al llegar a Barcelona, Madrid o cualquier otro núcleo urbano español, estas migrantes topan con un mercado de servicios domésticos que valora el trabajo reproductivo como algo secundario, pagado a la baja, a menudo sin contratos ni cotizaciones. De este modo, se configuran lo que la autora llama “canales de servidumbre transnacional”, que unen el destino de las mujeres empobrecidas de América, África o Asia con las necesidades de cuidado de las familias urbanas españolas, deseosas de externalizar ciertas tareas que antes se consideraban una extensión natural del rol femenino en el hogar.

La discusión teórica, si bien no es muy exhaustiva en el texto (la propia autora reconoce que no pretende enredarse en debates académicos), sí sugiere la influencia de pensadoras como Nancy Fraser. Poblet recoge la idea de Fraser (2016) sobre la “contradicción del capital y los cuidados”, y la lleva a su terreno. Al contratar a una migrante, la familia “compra tiempo” para que la mujer española se desenvuelva en el mercado laboral formal, pero ese tiempo se extrae de la vida de otra mujer que atiende, limpia y cocina sin que el Estado intervenga para garantizar condiciones dignas. Por eso, la autora defiende la urgencia de concebir el cuidado como un asunto público y no como una cuestión meramente privada que cada familia resuelve a su modo. Insiste en que el servicio doméstico, en régimen interno o externo, sigue siendo un “territorio de sombras” donde prolifera la precariedad, en gran medida porque la mayoría de los gobiernos lo han regulado de forma ambigua o escasa.

El libro, además de describir la problemática, integra una perspectiva de denuncia y de movilización social. El lector no se encuentra únicamente con una radiografía pesimista: la autora dedica el epílogo, titulado “La rebelión de las criadas” (pp. 151-156), a mostrar ejemplos de asociaciones y sindicatos independientes de trabajadoras del hogar que luchan por la ratificación del Convenio 189 de la OIT, por la inclusión del desempleo en su cobertura social, por la exigencia de límites claros a las horas de trabajo y por un mayor control de la inspección laboral en los hogares. Son iniciativas como Sindillar, en Barcelona, y otras redes en España, que han tomado consciencia de su fuerza colectiva y están logrando conquistas parciales. Para Poblet, este activismo es una de las vías más prometedoras para transformar un ámbito que, durante décadas, se consideró “puramente familiar” y, por lo tanto, ajeno a la intervención de sindicatos o a las reglas del trabajo industrial.

La obra, además, reivindica la etnografía como una herramienta para visibilizar conflictos sociales y al mismo tiempo proponer soluciones. Poblet es consciente de los límites de su propio trabajo: reconoce que muchas de las historias que ha recopilado provienen de Barcelona y de algunas zonas de Madrid, dejando en segundo plano la diversidad del Estado español en su conjunto. También admite que, al condensar un abanico tan amplio de temas –historia del servicio doméstico, testimonios de trata laboral, irregularidad migratoria, vínculos con los movimientos feministas–, quizá no profundiza en exceso en ciertos aspectos jurídicos o en comparaciones con otros países europeos. Sin embargo, la lectura deja claro que el propósito principal es la denuncia de una realidad subterránea y normalizada, y en ese sentido cumple con creces la función de sacudir conciencias.

En conclusión, *Criadas de la globalización* demuestra la vitalidad de la antropología al incidir en un debate urgente sobre la precarización del cuidado en el contexto global. La lectura permite observar no solo la cara íntima de esta precariedad –la que se vive en el encierro de un piso o en la sobreexplotación de una inmigrante con papeles caducados–, sino también los engranajes más amplios de un sistema que, como sostienen teóricas feministas como Cobo, Fraser o Hochschild, se sostiene en la subordinación histórica de las mujeres. El libro pone de relieve que hablar de “las criadas” en pleno siglo XXI no es una metáfora ni un anacronismo, sino la prueba de que el patriarcado y el capitalismo neoliberal han sido capaces de renovar sus formas de dominación, esta vez con el concurso de las políticas migratorias y la ocultación del cuidado en la esfera privada. Sin embargo, las páginas finales nos recuerdan que hay voces que se organizan y que, a través de la acción colectiva, pueden encender la chispa de la rebelión. La autora confía en que, algún día, las nietas de estas mujeres encuentren el libro cubierto de polvo y exclamen: “¿De verdad había sirvientas en tu época?”, marcando el inicio de una sociedad que, por fin, considere el cuidado un derecho colectivo y la dignidad de quienes lo ejercen, una cuestión irrenunciable.

Bibliografía

- Cobo, Rosa (2017). *La prostitución en el corazón del capitalismo*. Madrid: Catarata.
- Fraser, Nancy (2016). “Contradictions of Capital and Care”. *New Left Review*, vol. 100: 99-117.
- Hochschild, Arlie R. (2000). “Global Care Chains and Emotional Surplus Value”, en W. Hutton & A. Giddens (Eds.), *On The Edge: Living with Global Capitalism*. London: Jonathan Cape, 130-146.
- Sassen, Saskia (2003). *Contrageografías de la globalización: género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños.